

la otra de Taft. Entre ambas recibieron más de 7 millones y medio de votos, o sea un millón y cuarto más que Wilson.

Por la misma causa, agravada con el anticuado sistema electoral en vigor, los demócratas quedaron dominando en el Congreso. Así resulta que los siete y medio millones de votantes republicanos, conservadores y progresistas, no tienen más que 144 diputados y 45 senadores, mientras los seis millones de votantes demócratas están representados por 49 senadores y 291 diputados, y el millón de socialistas, que representa un 8% de la población total, no tiene representación alguna en el Congreso.

El presente gobierno de los Estados Unidos es, pues, un gobierno de la minoría demócrata, impuesto por una serie de circunstancias fortuitas. Todavía, Woodrow Wilson representa una facción dentro de esa minoría. Wilson encarnaba, en la campaña electoral reciente, ciertos principios radicales, teóricamente muy avanzados pero, como todos los principios avanzados, fuera del alcance del gran público.

Destacábase en su plataforma la cuestión aduanal. Ciertamente, ciertísimo que la tarifa proteccionista es un instrumento de injusticia para despojar al público en beneficio de una clase. Pero una de las clases beneficiadas es la de los agricultores. La otra, la industrial, pregonaba que sin la protección aduanal se vería obligada a reducir los salarios. El agricultor se veía, pues, amenazado de competencia extranjera y el obrero tenía la consecuencia inmediata, la única tangible para él: la disminución de los salarios.

Contra estos sentimientos, y en medio de la prosperidad general, nada podían los discursos académicos, las estadísticas comparativas, las argumentaciones de los oradores. Los administradores de la campaña electoral quisieron emplear un sistema objetivo. Abrieron una exposición con el pavoroso título de «El cuarto de los horrores», donde intentaban demostrar que sin la tarifa proteccionista ciertos artículos bajarían de precio. No llamó la atención. La gente entraba, veía aquello y salía escéptica, y pocos pasos adelante tropezaba con el gran letrero, el arma verdaderamente efectiva

de Taft: «El país está en plena prosperidad, no quiere experimentos aduanales peligrosos». Y en la esquina inmediata el orador socialista vociferaba con igual crudeza contra las dos grandes facciones de la burguesía opresora; pero también vanamente: el socialismo político no prospera donde el oro corre a raudales y es la ambición suprema de todos.

Entre los mismos demócratas, los había de diversos matices, y Wilson era elemento radicalismo. No era popular. Prueba de ello es que al comenzar la votación en la asamblea nacional democrática, recibió menos votos que Champ Clark, el brillante corifeo parlamentario, hábil político que desde hacía varios años mantenía en alto la bandera del democratismo en la Cámara de diputados. Pocas convenciones ha habido en que la votación sea más reñida. Los delegados en sesión permanente, soportaron 46 votaciones y la mayoría esperaba que de un momento a otro surgiera un candidato de transacción.

Fué sólo al declarar Bryan casi abiertamente que se apartarían, él y sus muchos amigos personales, sino se nombraba a Wilson, cuando finalmente la convención cedió, temerosa de un fracaso más tremendo y desastroso del que había ocurrido días antes en la convención republicana.

Así entró Wilson a la Presidencia.

En el poder ha desplegado dominadora influencia, más que ningún otro presidente, más que Jackson y Roosevelt, sobre las cámaras legisladoras. Confiado en su influencia personal, que considera decisiva, introdujo desde luego una innovación: la de entrar en comunicación personal y directa con los miembros de ambas cámaras, presentándose él mismo en los salones del opulento capitolio, ya sea a leer sus mensajes, ya a conferenciar privadamente con las comisiones. La tibia oposición de los desconcertados republicanos y progresistas, llama irónicamente a sus mensajes, «discursos de la corona», por la intención de subrayarlos y reforzarlos con todo el prestigio personal del Jefe del Estado.

El congreso, como en nuestras dictaduras, murmura, cuchichea, apenas esboza gestos de impaciencia, y al fin se somete. La supuesta independencia de los